los estudios civiles de Bachillerato. Entre 1920 y 1924, tras ingresar en el Seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza, cursó los restantes cuatro cursos de Teología en la Universidad Pontificia de esa ciudad. Terminó todas las materias con buenas calificaciones. Sin embargo, no realizó los exámenes prescritos para obtener los grados académicos correspondientes (bachillerato, licencia y doctorado), en buena medida por falta de recursos económicos.

Entre 1923 y 1927 realizó en la Universidad Literaria de Zaragoza la licenciatura de Derecho. Al terminarla, se desplazó a Madrid para obtener el doctorado en la Universidad Central, la única entonces en España que ofrecía esa titulación. Sacando tiempo de entre sus muchas labores pastorales, entre 1928 y 1935 cursó las asignaturas preceptivas de doctorado, y empezó a elaborar una tesis sobre la ordenación sacerdotal de mestizos y cuarterones en las Indias occidentales. Los avatares de la Guerra Civil le hicieron perder la documentación acumulada y abandonar ese tema de estudio. Instalado en Burgos a principios de 1938, retomó el proyecto de la tesis doctoral en Derecho con un tema nuevo: la jurisdicción eclesiástica de la abadesa del monasterio burgalés de Las Huelgas. El 18 de diciembre de 1939, tuvo lugar en Madrid la defensa de la tesis, con la calificación de Sobresaliente.

Pasados algunos años, y una vez fijada su residencia en Roma, quiso culminar los estudios de Teología que había realizado en Zaragoza, consiguiendo el correspondiente doctorado. La legislación había cambiado desde entonces, tras la promulgación en 1931 de la Const. Ap. *Deus scientiarum Dominus*: para obtener el título, ya no se requería superar un examen sino la presentación de una tesis doctoral. San Josemaría, que tras su doctorado en Derecho había continuado los estudios sobre Las Huelgas hasta publicar en 1945 un amplio volumen, de carácter no sólo jurídico sino también histórico y teológico –*La Abadesa de Las Huelgas*, Madrid, Luz, 1944–, presentó ese trabajo como tesis doctoral en Teología en el Pontificio Ateneo Lateranense. El 20 de diciembre de 1955 se celebró la defensa de la tesis, y consiguió el título de doctor en Teología con la máxima calificación, *summa cum laude*.

Los estudios mencionados deben ser completados con otros dos datos. El 17 de diciembre de 1956, fue nombrado Miembro *honoris causa* de la Pontificia Academia de Teología. Y en 1960, el 21 de octubre, la Universidad de Zaragoza le confirió el Doctorado *honoris causa* por la Facultad de Filosofía y Letras.

Voces relacionadas: Seminario Conciliar de Logroño; Seminario Conciliar de Zaragoza; Universidad Central; Universidad de Zaragoza.

Bibliografía: AVP, I, *passim*; Francesc Castells i Puig, "Gli studi di teologia di san Josemaría Escrivá", SetD, 2 (2008), pp. 105-144, versión castellana en "Los estudios de teología de San Josemaría Escrivá", AnTh, 24/II (2010), pp. 327-360; Ramón Herrando Prat de la Riba, *Los años del seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925)*, Madrid, Rialp, 2002; Pedro Rodríguez García, "El doctorado de san Josemaría en la Universidad de Madrid", SetD, 2 (2008), pp. 13-103; Jaume Toldrà Parès, *San Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1925)*, Madrid, Rialp, 2007.

Francesc CASTELLS I PUIG

EUCARISTÍA

1. La Eucaristía, don de la Trinidad. 2. La santa Misa, centro y raíz de la vida del cristiano. 3. El culto de adoración a Cristo presente en la Eucaristía. 4. Eucaristía, vida en Cristo y transformación del mundo.

La Sagrada Eucaristía ocupa una posición central en las enseñanzas y en la vida de san Josemaría. Su doctrina, enraizada en la Sagrada Escritura, en la Tradición viva de la Iglesia y en una profunda viven-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cia personal, abarca todas las dimensiones del Misterio Eucarístico.

1. La Eucaristía, don de la Trinidad

San Josemaría, en la homilía *La Eucaristía, misterio de fe y de amor*, nos introduce en la consideración del Misterio Eucarístico en los siguientes términos: "El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia Él, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones. La alegría del Jueves Santo arranca de ahí: de comprender que el Creador se ha desbordado en cariño por sus criaturas. Nuestro Señor Jesucristo, como si aún no fueran suficientes todas las otras pruebas de su misericordia, instituye la Eucaristía para que podamos tenerle siempre cerca y –en lo que nos es posible entender– porque, movido por su Amor, quien no necesita nada, no quiere prescindir de nosotros. La Trinidad se ha enamorado del hombre, elevado al orden de la gracia y hecho *a su imagen y semejanza* (Gn 1, 26); lo ha redimido del pecado –del pecado de Adán que sobre toda su descendencia recayó, y de los pecados personales de cada uno– y desea vivamente morar en el alma nuestra (...). Esta corriente trinitaria de amor por los hombres se perpetúa de manera sublime en la Eucaristía" (ECP, 84-85).

En el origen de la Eucaristía está el amor de Dios por los hombres. Un amor, nos dice san Josemaría, que nace en la intimidad trinitaria de Dios y que, pasando por la Encarnación del Verbo y por el sacrificio redentor de la Cruz, se hace presente, "se perpetúa de modo sublime", en cada celebración eucarística. En efecto, la Eucaristía nos manifiesta y nos hace partícipes del amor del Padre, que en su plan salvífico envió a su Hijo unigénito al mundo y lo entregó a la muerte de Cruz, para liberarnos del poder del pecado (cfr. Jn 3, 16-17). Nos muestra y nos ofrece el amor del Hijo, el Pan bajado del cielo, que obediente a la Voluntad del Padre entregó su vida por nosotros (cfr. Jn, 6, 32-38; Mt 26, 28). Nos revela y nos comunica el amor del Espíritu Santo, por obra del cual el Verbo se hizo carne (cfr. Mt 1, 20; Lc 1, 35), y continúa haciéndose presente entre nosotros en cada celebración de la Eucaristía, ofreciéndonos su carne vivificada por el Espíritu (cfr. Jn 6, 51-57.63). Por esto, el fundador del Opus Dei afirma: "Toda la Trinidad está presente en el Sacrificio del Altar. Por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, el Hijo se ofrece en oblación redentora" (ECP, 86).

De esta acción de la Trinidad, que hace posible la presencia sacramental de la Persona de Jesucristo y de su sacrificio redentor, deriva un torrente inagotable de dones salvíficos para la Iglesia y para toda la humanidad. San Josemaría lo expresa así: "El amor de la Trinidad a los hombres hace que, de la presencia de Cristo en la Eucaristía, nazcan para la Iglesia y para la humanidad todas las gracias" (ECP, 86). Es de aquí, de esta "corriente trinitaria de amor" que nos ofrece el Santísimo Sacramento, de donde proviene la fuerza que permite a los cristianos vivir en Cristo, animados por un solo Espíritu, como hijos del Único Padre, amando hasta el don total de sí mismos, plenamente comprometidos en la edificación de la Iglesia y en la transformación del mundo según el proyecto divino. Por esto san Josemaría exhortaba con frecuencia a sus oyentes a ser "almas de Eucaristía" –expresión muy suya–, es decir, a vivir en unión con Cristo, presente en el Santísimo Sacramento, esperándolo todo de Él, especialmente en la lucha por la santidad personal y en la tarea de llevar todos los hombres a Dios: "¡Sé alma de Eucaristía! –Si el centro de tus pensamientos y esperanzas está en el Sagrario, hijo,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

¡qué abundantes los frutos de santidad y de apostolado!" (F, 835).

Estas consideraciones acerca del designio salvífico de la Trinidad y la grandeza del don de la Eucaristía, le permiten concluir: "La Santa Misa nos sitúa de ese modo ante los misterios primordiales de la fe, porque es la donación misma de la Trinidad a la Iglesia. Así se entiende que la Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano" (ECP, 87). Veamos esto último con más detalle.

2. La santa Misa, centro y raíz de la vida del cristiano

Esta expresión, "la santa Misa es el centro y la raíz de la vida del cristiano", aparece con frecuencia en la predicación oral y escrita del fundador del Opus Dei. En el texto que acabamos de citar, él mismo nos explica el porqué de la centralidad de la Eucaristía, y de su valor fontal en la vida cristiana: por todo lo que ella contiene y nos da a participar.

Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía, el Señor se hace presente en los signos sacramentales del pan y del vino, en el acto de ofrecer la propia vida al Padre en expiación de los pecados de la entera humanidad. En Cristo y con Cristo se hace presente su obra salvífica, el sacrificio de nuestra redención en la plenitud del Misterio Pascual, es decir, de su pasión, muerte y resurrección.

No se trata de una presencia estática, puramente pasiva, del Señor, pues Él se hace presente con el dinamismo salvífico de su muerte y resurrección gloriosa; como Persona que viene a nuestro encuentro para redimirnos, para manifestarnos su amor, para darnos su misma vida con el Pan de la vida eterna y el Cáliz de la eterna salvación, para unirnos a Sí y hacer posible que en Él –en Cristo y bajo la acción del Espíritu Santo– restituyamos al Padre, en acción de gracias, todo lo que del Padre proviene.

San Josemaría exhortaba a todos a ser consecuentes con esta verdad, orientando cada día la entera existencia al encuentro con Cristo en la Eucaristía, y a la participación en su Sacrificio redentor: "Lucha por conseguir que el Santo Sacrificio del Altar sea el centro y la raíz de tu vida interior, de modo que toda la jornada se convierta en un acto de culto –prolongación de la Misa que has oído y preparación para la siguiente–, que se va desbordando en jaculatorias, en visitas al Santísimo, en ofrecimiento de tu trabajo profesional y de tu vida familiar..." (F, 69).

Esta "lucha" es fundamental en la vida del cristiano, pues de ella depende que la Eucaristía, que "objetivamente" (independientemente de que lo consideremos o no) es el centro y la raíz de la vida cristiana, lo sea efectivamente para cada fiel. La Eucaristía es un misterio que se ha de creer, se ha de celebrar y se ha de vivir personalmente: debe ser, pues, el centro real, el punto de referencia de nuestras acciones y nuestros pensamientos, donde toda nuestra existencia debe confluir, para que, al ser asumida por Cristo, adquiera plenitud de valor. Y debe ser también la raíz por la que nos embebemos de la vida de Cristo, crecemos en amor a Dios y a los hombres, y hacemos acopio de fuerzas para corresponder a la propia vocación y alcanzar la santidad a la que todos estamos llamados.

a) La participación en el Sacrificio Eucarístico

En los escritos de san Josemaría sobre la Eucaristía se encuentra una visión profundamente unitaria de los diversos aspectos del Misterio Eucarístico. De modo particular subraya la dimensión sacrificial de la liturgia eucarística, considerándola en la perspectiva de la sacramentalidad: la santa Misa, afirma, es "el sacrificio sacramental del Cuerpo y de la Sangre del Señor" (CONV, 113). Con la Tradición de la Iglesia, identifica dicho sacrificio sacramental con el sacrificio único de nuestro

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Redentor: "Es el sacrificio de Cristo, ofrecido al Padre con la cooperación del Espíritu Santo: oblación de valor infinito, que eterniza en nosotros la Redención" (ECP, 86). Y al contemplar con los ojos de la fe y del amor esta realidad, descubre que "en este sacrificio [la santa Misa] se encierra todo lo que el Señor quiere de nosotros" (ECP, 88): lo que desea, tanto cuando participamos en la liturgia eucarística como en todo momento de nuestra existencia.

Nuestro Padre Dios quiere que vivamos según lo que somos, como hijos en el Hijo, identificados con Cristo en el amor y la obediencia filial. Y dicha identificación se realiza de modo singular gracias a la Eucaristía. En Cristo Jesús, en comunión con su ser teándrico, podemos vivir en constante relación de amor filial con el Padre (cfr. Jn 6, 57); y el Padre vuelca sobre nosotros su paternidad rebosante de amor. Además, mediante la comunión con el cuerpo de Cristo, con su humanidad vivificada por el Espíritu y vivificante, entramos también en comunión con la tercera Persona de la Trinidad, recibiendo la fuerza del amor del Espíritu Santo, que todo lo crea, renueva, enciende y santifica. Él nos cristifica con particular eficacia y nos hace sentir nuestra filiación divina en Cristo. En este sentido afirma san Josemaría: "En la Misa se encamina hacia su plenitud la vida de la gracia, que fue depositada en nosotros por el Bautismo, y que crece, fortalecida por la Confirmación. *Cuando participamos de la Eucaristía*, escribe San Cirilo de Jerusalén, *experimentamos la espiritualización deificante del Espíritu Santo, que no sólo nos configura con Cristo, como sucede en el Bautismo, sino que nos cristifica por entero, asociándonos a la plenitud de Cristo Jesús* (San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses*, 22, 3). La efusión del Espíritu Santo, al cristificarnos, nos lleva a que nos reconozcamos hijos de Dios. El Paráclito, que es caridad, nos enseña a fundir con esa virtud toda nuestra vida; y *consummati in unum* (Jn 17, 23), hechos una sola cosa con Cristo, podemos ser entre los hombres lo que san Agustín afirma de la Eucaristía: *signo de unidad, vínculo del Amor* (San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus*, 26, 13)" (ECP, 87).

La contemplación del amor que Cristo nos manifiesta en la Eucaristía y, sobre todo, la identificación con Él –por la fe, la gracia cristoconformante del sacramento y la acción del Paráclito en el alma– no puede dejar indiferente ni pasivo a ningún cristiano que participa en el Sacrificio Eucarístico. "Corresponder a tanto amor –afirma san Josemaría– exige de nosotros una total entrega, del cuerpo y del alma" (*ibidem*). Exige que nos entreguemos como Él: por amor, con una donación completa, incondicionada, humilde, escondida, perseverante.

Todos los fieles –todo el Pueblo de Dios sacerdotal y no sólo el sacerdote celebrante– están llamados a vivir de este modo la Eucaristía, es decir, a actualizar su entrega al Señor en el momento de la consagración de los dones, en que, con la presencia de la Persona de Cristo, se actualiza su acto de oferta sacrificial, y en el momento de la Comunión, cuando llegamos a ser una sola cosa con la Víctima divina (cfr. SC, 48; LG, 11; PO, 2, 5). En efecto, aunque sólo el ministro sacramentalmente ordenado –obispo o presbítero– está habilitado para actuar el Sacrificio Eucarístico *in persona Christi*, la celebración eucarística afecta y compromete a cada uno de los fieles presentes, los cuales, en virtud de su sacerdocio común (es decir de su participación en el sacerdocio de Cristo, recibida en el Bautismo), están llamados a ofrecer al Padre un *culto espiritual* (cfr. Rm 12, 1), el sacrificio de sus vidas, unidas al sacrificio de Cristo. Los fieles no pueden permanecer como simples espectadores de un acto de culto realizado por el sacerdote celebrante. Todos pueden y deben participar en la oferta del sacrificio.

San Josemaría dejó bien grabada en el alma de sus oyentes esta doctrina de la Iglesia. Enseñó a todos a renovar en la santa Misa el ofrecimiento de la propia vida

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

y de las obras de cada día, todo cuanto somos y poseemos: la inteligencia, la voluntad, y la memoria; el trabajo, las alegrías y las contradicciones; y dirigir la entera existencia al Sacrificio Eucarístico, enseñando a todos a vivir con alma sacerdotal, incorporando a él –como indica el Concilio Vaticano II– "todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso del alma y cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida, si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (cfr. 1 Pt 2, 5), y en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor" (LG, 34).

Ni que decir tiene que lo que hemos afirmado hasta ahora de los fieles cristianos en general se aplica al sacerdote celebrante, y de modo especial, pues en la celebración eucarística actúa *in persona Christi* y está llamado a identificarse de modo particular con Cristo, Víctima y Sacerdote. El ofrecimiento de la propia vida al Padre, por Cristo y en Cristo, debe ser una realidad para él en cada celebración de la Eucaristía. Lo que el sacerdote realiza sacramentalmente sobre el altar compromete su vida entera: está llamado a entregarse plenamente, en Cristo y con Cristo, al Padre, permitiendo de este modo que el Señor asuma su entera existencia y le dé plenitud de sentido y valor salvador.

San Josemaría, consciente de esta verdad, la recordaba con frecuencia y la vivía cada día en el Sacrificio del Altar: "Por el sacramento del Orden, el sacerdote se capacita efectivamente para prestar a Nuestro Señor la voz, las manos, todo su ser; es Jesucristo quien, en la Santa Misa, con las palabras de la consagración, cambia la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo, su Alma, su Sangre y su Divinidad. En esto se fundamenta la incomprensible dignidad del sacerdote. Una grandeza prestada, compatible con la poquedad mía. Yo pido a Dios Nuestro Señor que nos dé a todos los sacerdotes la gracia de realizar santamente las cosas santas, de reflejar, también en nuestra vida, las maravillas de las grandezas del Señor" (AIG, pp. 70-71). De ahí su alegría al leer en el Decr. *Presbyterorum ordinis* que la celebración del Sacrificio Eucarístico "*es el centro y la raíz del toda la vida del presbítero*, de forma que el alma sacerdotal se esfuerza en reproducir en sí misma lo que se realiza en el ara del sacrificio" (PO, 14).

De hecho, san Josemaría vivió y enseñó a vivir esta entrega de la propia vida al Señor en la santa Misa –"nuestra Misa, Jesús", escribirá en *Camino* (C, 533)–, con una radicalidad total, sin limitarla a un propósito interior, formulado en el momento de la celebración litúrgica. "Hemos de amar la Santa Misa que debe ser el centro de nuestro día. Si vivimos bien la Misa, ¿cómo no continuar luego el resto de la jornada con el pensamiento en el Señor, con la comezón de no apartarnos de su presencia, para trabajar como Él trabajaba y amar como Él amaba?" (ECP, 154). El cristiano está llamado a hacer del día entero una Misa continuada, viviendo cotidianamente una existencia "totalmente eucarística" (F, 826). A este respecto afirma en una de sus *Cartas*: "De este modo, muy unidos a Jesús en la Eucaristía, lograremos una continua presencia de Dios, en medio de las ocupaciones ordinarias propias de la situación de cada uno en este peregrinar terreno, buscando al Señor en todo tiempo y en todas las cosas" (*Carta 2-II-1945*, n. 11: AGP, serie A.3, 92-3-1).

b) El encuentro con Cristo en la Comunión Eucarística

La dimensión sacrificial y convival de la Eucaristía están estrechamente unidas (cfr. ECP, 84). La santa Comunión, prescrita por Jesucristo a los apóstoles ("tomad y comed"…: Mt 26, 26-27), forma parte de la estructura fundamental de la celebración de la Eucaristía. Es el momento en el que

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Cristo viene a nuestro encuentro, ofreciéndonos su misma vida, para que podamos vivir en Él (cfr. Jn 6, 57).

Por nuestra parte siempre deberemos prepararnos a este acontecimiento con fe y esperanza, con el alma en gracia de Dios. "El que quiera recibir a Cristo en la comunión eucarística– recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica*– debe hallarse en estado de gracia. Si uno tiene conciencia de haber pecado mortalmente no debe acercarse a la Eucaristía sin haber recibido previamente la absolución en el sacramento de la Penitencia" (CCE, n. 1415); se debe observar además, como manifestación del respeto a la presencia de Cristo, el ayuno prescrito por la Iglesia (cfr. CCE, n. 1387)

Y, supuestas esas debidas disposiciones, la conciencia del don que Dios nos hace y un profundo amor, sin dejar espacio a la rutina, reconociendo al Señor que viene a nosotros. "Hemos de recibir al Señor, en la Eucaristía –escribe el fundador del Opus Dei–, como a los grandes de la tierra, ¡mejor!: con adornos, luces, trajes nuevos... –Y si me preguntas qué limpieza, qué adornos y qué luces has de tener, te contestaré: limpieza en tus sentidos, uno por uno; adorno en tus potencias, una por una; luz en toda tu alma" (F, 834).

Esta preparación es esencial, pues si bien el Señor se nos entrega por entero en la Comunión Eucarística, la potencia de su Amor salvador la recibimos con mayor o menor plenitud según la calidad de las disposiciones personales, en la medida en que sabemos acogerle y nos dejamos transformar por Él. Para encauzar el diálogo, el agradecimiento y la petición de ayuda durante este tiempo, san Josemaría recomendaba prolongar la Misa, y la Comunión recién recibida, con unos minutos de oración, de acción de gracias, considerando con fe viva quién ha venido a nuestro encuentro: nuestro Rey, nuestro Médico, nuestro Amigo, ¡nuestro Dios!; y después, abriéndole plenamente el alma para que actúe en nuestras vidas y las transforme (cfr. ECP, 93).

3. El culto de adoración a Cristo presente en la Eucaristía

La fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía ha llevado a la Iglesia a tributar culto de latría al Santísimo Sacramento, tanto durante la liturgia de la Misa como fuera de su celebración (cfr. CCE, n. 1378).

La actitud del creyente en cada encuentro personal con Cristo en la Eucaristía no puede ser otra que la de reverencia, llena de gratitud y de amor, y adoración. Y esto, en primer lugar, en la celebración de la santa Misa: "Vivir la Santa Misa es permanecer en oración continua; convencernos de que, para cada uno de nosotros, es éste un encuentro personal con Dios: adoramos, alabamos, pedimos, damos gracias, reparamos por nuestros pecados, nos purificamos, nos sentimos una sola cosa en Cristo con todos los cristianos" (ECP, 88). En numerosas ocasiones san Josemaría se detuvo a señalar que esta actitud de adoración puede y debe manifestarse a través del cuidado de la liturgia eucarística, de los gestos indicados en las rúbricas –las genuflexiones pausadas, las inclinaciones de cabeza–, de una oración personal que acompaña los textos litúrgicos, en definitiva, de la participación consciente, devota y activa en la celebración (cfr., por ejemplo, ECP, 88-91).

En continuidad con esa fe viva en la presencia de Cristo en la Eucaristía propagó las devociones relacionadas con el culto al Santísimo Sacramento fuera de la Misa, como las bendiciones y exposiciones solemnes de la Eucaristía, las velas nocturnas de adoración eucarística, las Visitas al Santísimo Sacramento, la Comunión espiritual, la oración mental ante el Sagrario, etc.

San Josemaría veía el Sagrario como el lugar en el que Jesús siempre nos está esperando, para escucharnos y ayudar-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

nos, como escuchaba y ayudaba a sus amigos, Marta, María y Lázaro (cfr. C, 60; ECP, 154). Consideraba las Visitas al Santísimo Sacramento momentos privilegiados para corresponder al amor del Señor, mostrándole nuestro agradecimiento por haberse quedado con nosotros: "¡Jesús se ha quedado en la Hostia Santa –escribe en *Surco*– por nosotros!: para permanecer a nuestro lado, para sostenernos, para guiarnos. –Y amor únicamente con amor se paga. –¿Cómo no habremos de acudir al Sagrario, cada día, aunque sólo sea por unos minutos, para llevarle nuestro saludo y nuestro amor de hijos y de hermanos?" (S, 686). Y en otro lugar aconseja: "Acude perseverantemente ante el Sagrario, de modo físico o con el corazón, para sentirte seguro, para sentirte sereno: pero también para sentirte amado..., ¡y para amar!" (F, 837). También trató de la Comunión espiritual, considerándola una fuente inagotable de gracias, y un medio eficacísimo para vivir la unidad de vida: "¡Qué fuente de gracias es la Comunión espiritual! –Practícala frecuentemente y tendrás más presencia de Dios y más unión con Él en las obras" (C, 540).

4. Eucaristía, vida en Cristo y transformación del mundo

La presencia eucarística de Jesucristo –del Hijo encarnado y glorificado del Padre–, verdadera, real, substancial y personal, está llena de consecuencias para la vida del cristiano, de la Iglesia y del mundo. Siendo Cristo el Verbo del Padre (cfr. Jn 1, 1 y 14, 9-10), Aquél en quien "reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Col 2, 9), nuestro Redentor y Salvador (cfr. Mt 26, 28; Hch 4, 10-12; Rm 3, 23-24), se comprende la extraordinaria potencia santificante de la Eucaristía: entrando en comunión con Cristo, *perfecto Dios y perfecto Hombre*, recibimos la misma Vida divina (cfr. Jn 1, 4), la Luz que ilumina a todo hombre (cfr. Jn 1, 9), la Verdad que nos libera (cfr. Jn 8, 31-32), el Amor que nos transforma (cfr. 1 Jn 4, 16) y todos los bienes salvíficos que Él, con su muerte y resurrección, nos ha merecido.

Mediante la Eucaristía la nueva vida en Cristo, iniciada en el creyente con el Bautismo (cfr. Rm 6, 3-4; Ga 3, 27-28), puede consolidarse y desarrollarse hasta alcanzar su plenitud (cfr. Ef 4, 13), permitiendo al cristiano llevar a término el ideal enunciado por san Pablo: "Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Ga 2, 20). Es cuanto se deduce de las palabras de Jesucristo: "Yo soy el pan vivo, que ha bajado del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá eternamente; el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo (...). Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Así como el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así quien me come también vivirá por mí" (Jn 6, 51-57). El Pan eucarístico es capaz de ofrecer a los fieles un influjo constante de la vida del Señor, concediéndoles una singular participación, en Cristo y con Cristo, en la comunión de vida y de amor del Dios Uno y Trino.

La consideración de estas verdades era para san Josemaría un poderoso estímulo para vivir según lo que somos: hijos de Dios en Cristo. "La Sagrada Eucaristía introduce en los hijos de Dios la novedad divina, y debemos responder *in novitate sensus* (Rm 12, 2), con una renovación de todo nuestro sentir y de todo nuestro obrar. Se nos ha dado una raíz poderosa, injertada en el Señor. No podemos volver a la antigua levadura, nosotros que tenemos el Pan de ahora y de siempre" (ECP, 155).

La Eucaristía nos configura con Cristo, nos hace partícipes del ser y de la misión del Hijo, nos identifica con sus intenciones y sentimientos, nos da la fuerza para amar como Cristo nos pide (cfr. Jn 13, 34-35), para encender a todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo con el fuego del amor divino que Él vino a traer a la tierra (cfr. Lc 12, 49). Y todo esto debe manifestarse efectivamente en nuestra vida: "Si hemos sido renovados con la recepción del

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cuerpo del Señor, hemos de manifestarlo con obras. Que nuestras palabras sean verdaderas, claras, oportunas; que sepan consolar y ayudar, que sepan, sobre todo, llevar a otros la luz de Dios. Que nuestras acciones sean coherentes, eficaces, acertadas: que tengan ese *bonus odor Christi* (2 Co 2, 15), el buen olor de Cristo, porque recuerden su modo de comportarse y de vivir" (ECP, 156).

Gracias a la Eucaristía el cristiano puede ser verdaderamente *cristóforo*, portador de Cristo, Cristo que pasa entre los hombres. Así lo consideraba el fundador del Opus Dei en una homilía sobre la fiesta del *Corpus Christi*: "La procesión del *Corpus* hace presente a Cristo por los pueblos y las ciudades del mundo. Pero esa presencia, repito, no debe ser cosa de un día, ruido que se escucha y se olvida. Ese pasar de Jesús nos trae a la memoria que debemos descubrirlo también en nuestro quehacer ordinario. Junto a esa procesión solemne de este jueves, debe estar la procesión callada y sencilla, de la vida corriente de cada cristiano, hombre entre los hombres, pero con la dicha de haber recibido la fe y la misión divina de conducirse de tal modo que renueve el mensaje del Señor en la tierra. No nos faltan errores, miserias, pecados. Pero Dios está con los hombres, y hemos de disponernos para que se sirva de nosotros y se haga continuo su tránsito entre las criaturas" (ECP, 156).

La unión con Cristo, alimentada y fortalecida en la Eucaristía, hace posible que el cristiano ejerza un influjo transformador en el lugar donde se dedica a su actividad profesional, en el ambiente familiar en el que vive y en todos los lugares que frecuenta, llevando todo y todos hacia Cristo. El 7 de agosto de 1931, mientras celebraba la santa Misa, san Josemaría entendió, de modo especial, que si el cristiano, unido a Cristo y llevándolo en su corazón, lo coloca en el pináculo de todas las actividades humanas, Cristo atraerá a Sí todas las cosas (cfr. Rodríguez, 1991). Esta experiencia dejó una huella profunda en su alma. Por esto exhortaba con frecuencia en su predicación oral y escrita: "Vamos, pues, a pedir al Señor que nos conceda ser almas de Eucaristía, que nuestro trato personal con Él se exprese en alegría, en serenidad, en afán de justicia. Y facilitaremos a los demás la tarea de reconocer a Cristo, contribuiremos a ponerlo en la cumbre de todas las actividades humanas. Se cumplirá entonces la promesa de Jesús: *Yo, cuando sea exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí* (Jn 12, 32)" (ECP, 156).

La Eucaristía, al unirnos a Cristo, al único Pan del que participan todos los cristianos (cfr. 1 Co 10, 17), nos une entre nosotros y con Él, edificando la Iglesia como un solo Cuerpo (cfr. 1 Co 12, 27). Por esto, participando en la celebración eucarística "nos sentimos una sola cosa en Cristo con todos los cristianos" (ECP, 88). La Eucaristía nos hace estar más unidos con nuestras hermanas y hermanos en la fe, con toda la familia de Dios que es la Iglesia (cfr. Ef 2, 19).

Para san Josemaría la Eucaristía, en cuanto que contiene al Verbo encarnado, al crucificado que ha resucitado y está glorioso a la diestra del Padre, posee una eficacia salvífica que trasciende el tiempo y penetra en la realidad escatológica. "La felicidad eterna, para el cristiano que se conforta con el definitivo maná de la Eucaristía, comienza ya ahora. Lo viejo ha pasado: dejemos aparte todo lo caduco; sea todo nuevo en nosotros: *los corazones, las palabras y las obras* (Himno *Sacris solemniis*)... Esta es la *Buena Nueva*, porque, de alguna manera y de un modo indescriptible, nos anticipa la eternidad" (ECP, 152).

"Jesús, en la Eucaristía, es prenda segura de su presencia en nuestras almas; de su poder, que sostiene el mundo; de sus promesas de salvación, que ayudarán a que la familia humana, cuando llegue el fin de los tiempos, habite perfectamente en la casa del Cielo, en torno a Dios Pa-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

dre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo: Trinidad Beatísima, Dios Único" (ECP, 153). La Sagrada Eucaristía es prenda o garantía de la gloria futura, es decir, de la resurrección y de la vida eterna y feliz junto a Dios, Uno y Trino, que el Señor ha prometido a quienes le reciban en este sacramento (cfr. Jn 6, 54).

En la Eucaristía está presente *in nuce*, de un modo sólo incoado, la realización del plan salvífico universal de Dios: con Cristo resucitado se hace también presente la nueva creación, "los nuevos cielos y la nueva tierra", la nueva humanidad (cfr. Ap 21, 1-7; 2 P 3, 13; Rm 8, 19-22). En efecto, en la transfiguración gloriosa de Jesucristo ya se ha inaugurado la renovación escatológica del mundo: en el Señor resucitado, el *eschaton* –Aquél que representa las realidades últimas– ya está presente el octavo día, la eternidad que prorrumpe en el presente, haciéndonos pregustar cuanto encontraremos en la vida eterna. En este sentido podemos decir que cada celebración eucarística es Pascua, tránsito de la Iglesia y de la entera creación hacia su fin. En cada Eucaristía, afirma san Josemaría, "Jesús con gesto de sacerdote eterno, atrae hacia sí todas las cosas, para colocarlas, *divino afflante Spiritu*, con el soplo del Espíritu Santo, en la presencia de Dios Padre" (ECP, 94).

Voces relacionadas: Acciones de gracias; Alma sacerdotal; Apostolado; Contemplativos en medio del mundo; Filiación divina; Iglesia; Jesucristo; Liturgia; Piedad; Presencia de Dios; Sacerdocio ministerial; Sacramentos: Exposición de conjunto; Trabajo, Santificación del; Trinidad Santísima; Unidad de vida; Vida ordinaria, Santificación de la.

Bibliografía: AIG, pp. 65-82; ECP, 83-93, 150-161; Manuel Belda Plans, "Eucaristía y vida mística", en José Antonio Abad Ibáñez (ed.), *Diálogos de teología II. Condenados a la alegría*, Valencia, Fundación Mainel, 2000, pp. 179-198; Flavio Capucci, "Beato Josemaría Escrivá. Sacerdote, Fondatore dell'Opus Dei (1902-1975)", en *Eucaristia*: *santità e santificazione*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 2000, pp. 183-184; Javier Echevarría Rodríguez, *Eucaristía y vida cristiana*, Madrid, Rialp, 2005; Id., *Vivir la Santa Misa*, Madrid, Rialp, 2009; Joaquín Ferrer Arellano, *Almas de Eucaristía*. *Reflexiones teológicas sobre el significado de esta expresión en San Josemaría Escrivá*, Madrid, Palabra, 2004; Ángel García Ibáñez, "La Santa Misa, centro y raíz de la vida del cristiano", *Romana*. *Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 28 (1999), pp. 148-165; José Luis Illanes Maestre, "Eucaristía y existir cristiano", en Id., *Mundo y Santidad*, Madrid, Rialp, 1984, pp. 235-272; Álvaro del Portillo, "Sacerdotes para una nueva evangelización", en Lucas Francisco Mateo-Seco *et al.* (dirs.), *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*. *XI Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1990, pp. 979-1000; Pedro Rodríguez, "*Omnia traham ad me ipsum*. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer", *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 13 (1991), pp. 331-352; Ana María Sanguineti, "Dimensión sacramental de la vida cotidiana de los hijos de Dios en su Iglesia: un aporte teológico", en GVQ, V/2, pp. 215-231; Francisco Javier Sesé Alegre, "Misterio de fe, misterio de amor", ScrTh, 32 (2000), pp. 585-606.

Ángel GARCÍA IBÁÑEZ

EVANGELIZACIÓN Y CATEQUESIS

1. La misión evangelizadora de la Iglesia. 2. Apostolado de la doctrina. 3. "Una gran catequesis". 4. Las virtudes del evangelizador.

1. La misión evangelizadora de la Iglesia

"Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección glo-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.